

QUINTA RUEDA



Revista cultural
N.º 9, agosto 1962
E.º 60

Barnabás ante la estaca

**Teatro Municipal:
reunión de fantasmas**

Artemio en Madrid

Víctor Jara: las raíces del canto



Teatro Municipal

LOS MONSTRUOS NO PASARAN

Hans Ehrmann

SON de palco en el Municipal", solía ser una frase consagratoria y las temporadas líricas, de hasta diez funciones, eran un eje de la intensa vida social santiaguina. Años más tarde, con la riqueza salitrera convertida en recuerdo del pasado, los aterciopelados asientos del teatro fueron testigos del surgimiento de los teatros universitarios, de la Sinfónica, del Ballet, mientras la clase media ingresaba a la platea. Mas el entreacto seguía siendo un evento y un desfile de modas. Aun hace diez años, un obeso cancerbero atajaba en la puerta a los varones que no vinieran premunidos de corbata y, por cierto, no admitía la entrada de señoras en pantalones.

Inaugurado en 1857, incendiado en 1876, reiteradamente refaccionado, el Teatro Municipal ha sido un mudo testigo de la evolución social de Chile. Hoy en día, como el país en general, está en transición y cruje por todos los costados en el choque de estructuras de antaño con las realidades de ahora. Se ha desacralizado en buena parte y ya no hay requisitos del buen vestir para ingresar a la sala; el mismo público se está ampliando a sectores de escolares y obreros, gracias a nuevos criterios de lo que es "digno" de presentarse en el Municipal.

Pero al mismo tiempo, mientras más cambia, más sigue siendo lo mismo. Se abrieron algunas brechas, pero la estructura básica a que obedece el teatro sigue siendo igual. Antes obedecía a las necesidades de la aristocracia, después dio cabida a la clase media. Luego, en los años sesenta, con la creación de la Corporación Cultural, se intentó buscar nuevos mecenas en una oligarquía, ya no de apellidos, sino de poder industrial y económico. El intento fracasó, porque tales señores aceptaron el honor de ingresar al directorio, sin aportar los dineros que de ellos se

esperaban. Esta estructura artificial de la Corporación se mantiene y, frente a la falta de objetivos claros, aumenta el estéril poder de la burocracia municipal. Una mirada al pasado puede contribuir a mostrar las hondas raíces de clase de este teatro.

remates dorados

Corría el año 1892 y todo el ritmo de la vida social santiaguina se vio alterado por la reducción de la temporada lírica de 100 a 78 funciones. Los artistas, como de costumbre, se importaban de Italia. Desde divos y comprimarios, hasta coristas, bailarinas y músicos. Pero —se consolaba el empresario Padovani— "mediante grandes sacrificios y soportando fuertes pérdidas debido al mal estado del tiempo y a la epidemia que atacó a una buena parte de la compañía, hemos podido cumplir, reduciendo los sueldos en un 25 por ciento, dando a los señores abonados el número de funciones que habían pagado".

Para pertenecer a la selecta grey de los abonados no bastaba pagar el valor de las localidades. Cada año, al anunciarse los cantantes y repertorio, se efectuaba el remate del "derecho de llaves" a los palcos y plateas. El record parece haberse batido en 1908 con el imponente total de 506.575 pesos de aquellos lejanos días, cantidad que al año siguiente bajó a 256.285 pesos. No obstante, aun con aquel medio millón de pesos, hubo problemas. El 16 de agosto de 1908 se produjo el terremoto de Valparaíso, cuyo Teatro Victoria permaneció cerrado durante 15 días, justamente cuando la lírica debió efectuar una gira al puerto y el empresario se vio obligado a solicitar una subvención municipal de \$ 100.000. El año anterior, la temporada había arrojado una pérdida de \$ 10.203, y en 1904 el déficit fue de \$ 75.670.

El empresario de la lírica era el concesionario del Teatro Municipal y, por lo general, se le designaba por concurso y periodos de cinco años.

En las primeras seis funciones de la temporada debía presentar a todo el personal de la compañía. Luego se producía su calificación. Una comisión, que incluía tres rematantes de palcos y dos de plateas (designados por el alcalde) informaba a la Municipalidad sobre el mérito de la compañía, calificándola de buena, regular o mala. Si el veredicto era de "buena", se asignaba al empresario una subvención del 70 por ciento del producto del remate. Si se decidía que era "regular", la subvención bajaba al 50 por ciento, pudiéndose además exigir el reemplazo de los artistas que se estimaren deficientes. Si la compañía se calificaba de "mala", no había subvención y la Municipalidad hasta podía dar por terminada la concesión.

El saldo del producto del remate, no dedicado a subvencionar a la compañía, se utilizaba para efectuar mejoras en el Teatro. Hubo más de un caso en que se hizo pesar el "poder popular" de los rematantes. En 1905, por ejemplo, se produjo una calificación de "regular" y el cambio del tenor y la soprano dramática, mientras en 1915 parece haberse producido una verdadera revolución en la platea. Un oficio firmado por 47 abonados exige y consigue el retiro de la ópera "Los Zingaros", "por estimarla nula de todo mérito".

A pesar de remates y subvenciones, el concesionario vivía lleno de problemas. En 1893, Padovani ofició al alcalde: "La organización de la compañía, aunque mucho más reducida que las que han venido en años anteriores al Municipal, demanda el desembolso de crecidas sumas que, a causa del mal estado del cambio, se hacen hoy día más onerosas". Las constantes quejas por el valor del peso insinúan que la inflación no nació en nuestros días. Se reitera en innumerables oficios y así, en 1919, el empresario Renato Salvati se lamenta que a la difícil situación general "se debe agregar también la baja del cambio, que hoy se mantiene alrededor de 10% peniques, inferior en cinco peniques del promedio de 1918 y de 3 peniques al de 1917".

Mientras se efectuaban reparaciones en el Teatro Municipal, en un pequeño recoveco que estuvo tapado durante cerca de 40 años, el administrador Carlos Hevia encontró 16 volúmenes con más de cinco mil folios de actas y oficios del teatro, fechados desde 1881 hasta 1922.

Este material, que se utiliza por primera vez, sirvió de documentación a la presente crónica. Las fotos provienen del archivo del Teatro Municipal.



El Municipal alrededor de 1870, 1890 y 1930.



Carzo: nada con las mulas.

salón de baile

Con y sin pérdidas, no cabe duda de que abundaron los grandes cantantes que llegaron al Teatro Municipal. Pero también es sabido que los cantantes líricos son temperamentales y, en una u otra forma, se produjeron problemas con los artistas. De uno de los más célebres queda constancia en un oficio al alcalde del administrador del Teatro, Carlos Ovalle. Lleva fecha 26 de octubre de 1905:

"En la mitad del cuarto acto de la ópera "El Trovador", se presentó al proscenio inesperadamente la señora Carelli y, dirigiéndose al público, se despidió diciendo que habría deseado dar su despedida con la ópera "Zaza", pero que había una persona que lo prohibía y que esa persona era un ex ministro, diputado y abogado".

El discreto administrador omitió especificar que se ayudó a Arturo Alessandri Palma, quien mantuvo estrechas relaciones personales y comerciales con el Teatro Municipal.

En junio de 1898 el administrador se queja de que "uno de los artistas principales se presentó en condiciones desfavorables", pero no es-

pecifica si estaba roncado o beodo, mientras en 1901 hubo problemas de otra índole con el tenor dramático Ghirlandini, quien "contrajo durante la navegación, a consecuencia del estado de continuo mareo en que efectuó su viaje, una afección a la laringe, que le comprometió tan seriamente las cuerdas vocales que, a pesar del energético tratamiento a que fue sometido, no pudo efectuar ni siquiera su "debut" en términos que hicieran honor a sus precedentes y gran renombre o que siquiera fueran discretos".

Al año siguiente, una variante. Se quejaba el empresario:

"Con motivo de las numerosas fiestas que simultáneamente se han estado dando tanto en esta capital como en Valparaíso, ha sido de tal modo solicitado el personal de profesores de orquesta, en ambas ciudades, que habiendo llegado a hacerse escaso, los diversos directores —a fin de cumplir sus compromisos— recurrieron sigilosamente en solicitud de los servicios de profesores del Municipal, ofreciéndoles crecidos honorarios que les permitieran cubrir aun la multa a que se hicieran acreedores por su ausencia".

Algunas de esas fiestas se realizaban en el mismo Municipal, aunque habría que suponer que allí no hubo problemas con los músicos. Desmontábanse las butacas y así la platea se convertía en un gran salón de baile (ver foto). Claro que abundaban los perjuicios. Por ejemplo, el baile del 30 de mayo de 1903 dejó el saldo de una puerta de palco quebrada y 18 asientos con su respaldo roto.

Aquellos eran los bailes en grande, pero ya en 1881 la Sociedad Filarmónica solicitó que se le concediera el Salón Filarmónico "para el solo efecto de dar en él bailes u otras reuniones análogas".

Cuarenta años más tarde, en 1921, continúan las inquietudes sociales y el empresario Renato Salvati pidió que se le conceda el salón de la calle Tenderini para realizar "five o'clock tea and dancing tea", de 17 a 21 horas, dos o tres veces por semana. Escribió en su solicitud que "constituirían sin duda alguna un simpático coeficiente de Vida Social, conforme al buen resultado practicado en los Teatros Municipal de Rio de Janeiro y Colón de Buenos Aires". Se accedió a lo solicitado.

ampolletas

En 1895 se autorizó al administrador del Municipal a comprar la primera máquina de escribir para el Teatro. En 1905 se exigió al empresario que dotara a los acomodadores de un uniforme: "La cultura del Teatro Municipal —sentenció el alcalde— exige a dichos empleados, que por razón de su oficio están en contacto

inmediato con el público, se presenten ante éste con la decencia debida".

Paralelamente, se reglamentaba por esa época que los entreactos no debían durar más de 20 minutos, so pena de una multa de 20 pesos al empresario por cada infracción. Y así, en agosto de 1904 se pagaron \$ 60 por excesos en los entreactos de "Tannhäuser" y "Chopin".

En julio de 1905, el juez del crimen, José Astorquiza, se preocupa del Municipal y solicita antecedentes para efectuar un sumario: "Desearía saber qué es lo que hay de efectivo respecto al abono total de platea, para tomar rumbos y orientarme acerca de las denuncias que ha hecho la prensa en el último tiempo sobre abusos que cometerían los expendedores de localidades con el público, obligándolo a pagar precios extraordinarios por ellas, mediante la estratagemas de presentar agotado el tablero a la hora en que la demanda es mayor".

En 1909 se decreta: "Procedase en los teatros de esta ciudad a reemplazar el alumbrado a vela que se usa para los casos de incendio u otros accidentes, por el de ampolletas eléctricas con acumulador, que se encienden automáticamente. Concedase un plazo de cinco meses para que los teatros de Santiago se provean de las ampolletas y útiles anexos".

Las entradas de favor de la Municipalidad fueron un problema desde siempre. Ya en 1895 el alcalde reclama que extraños existan en los palcos municipales. El tema se reitera en años siguientes y, en 1918, se ordena que "la administración del Teatro Municipal impedirá la entrada a los palcos municipales del referido teatro a toda persona que no tenga la medalla o distintivo que lo acredite como municipal o como jefe de oficina. Los demás empleados municipales no podrán concurrir a ellos ni aun en calidad de invitados".

las buenas costumbres

En 1897, el alcalde se preocupa "de que las personas asistentes a las galerías del Teatro Municipal no guarden la compostura debida en los pasillos que dan al foyer de señoras durante los entreactos de las funciones". De lo cual se podría deducir que había segregación sexual, por lo menos en la galería. Y en 1913, el contrato del concesionario estipula que "durante la temporada deberá mantener dos buffets bien provistos, uno para caballeros y otro para señoras, en las locales destinadas al efecto. Los precios no podrán exceder los que se paguen en establecimientos semejantes de primera clase".

Más en esta materia de buffets, hubo un incidente bastante inaudito en el lejano año 1897: "Tenemos establecidos varios negocios de cantinas en los alrededores del Teatro Municipal y pagamos, como es natural, la patente que por ley nos corresponde. Sin embargo, señor alcalde, existe, es claro que clandestinamente, toda vez que es prohibido por la ley, una cantina en el interior del Teatro Municipal y, lo que es más

aún, sin pagar patente". Acto seguido, los dueños de cantinas piden "que se cierre la mencionada cantina, la cual, si no nos equivocamos, pertenece a un señor Ramón Eyzaguirre". Desgraciadamente, los documentos del caso no registran qué fortuna tuvo este reclamo por el "clandestino" que el tal Eyzaguirre había instalado en la galería del teatro.

En 1908, el alcalde alarmado toma nota de que "con lamentable frecuencia concurren a los palcos que están situados dentro del proscenio, mujeres de mala estofa, que en compañía de algunos mozos cometen desórdenes, a veces ruidosos".

También había problemas de tránsito y de higiene. En 1906, el alcalde oficia al prefecto de policía, sugiriendo medidas para evitar la aglomeración de carruajes a la salida del teatro. Y cinco años antes, el administrador del teatro le hace presente a la primera autoridad edilicia que "se ha notado desde hace dos o tres días que con motivo de ser éste el tiempo en que principian a sentirse los calores, la plazuela de este teatro despiden un olor desagradable, motivado por los orines de los caballos de los carruajes que todas las noches tienen que estacionarse en ese local. Habría sido muy conveniente, para hacer desaparecer esa molestia, regar diariamente con mangueras contra incendios, pero esto ofrece dificultades en la práctica, por cuanto las mangueras no alcanzan a secarse para la noche, lo que impediría que funcionaran bien en caso de incendios".

Y, de vuelta en el año 1906, otro documento, dirigido al empresario Padovani:

"Que debiendo asistir esta noche al Teatro Municipal el señor don Pedro Monti, si se produce alguna manifestación en su favor, ordene a la orquesta toque la Canción Nacional".

No se sabe si los aplausos se produjeron. Pero el preocuparse de la lírica y de los palcos y de los remates no fue la única inquietud de antaño. También se daban buenos apellidos en el directorio de la "Liga de espectáculos públicos dedicada a combatir el alcoholismo". Rezaba uno de sus documentos:

"No hay nadie en Chile y fuera de él, que ignore que en este país no se conocen casi las distracciones públicas de buen gusto y provechosas. En efecto, no contamos con nada bueno, propiamente hablando, a excepción de nuestra gran fiesta nacional (grande por su significado), o sea, el 18 de Septiembre, que aunque poco se ha hecho para regocijar a los ciudadanos, el solo recuerdo de este fausto acontecimiento histórico nos emociona y nos colma de alegría. La aristocracia tiene pasatiempos agradables donde quiera con sólo gastar dinero. Esto ya se sabe. Pero el pueblo carece de toda diversión honesta y provechosa".

Una de las soluciones de esta liga era ofrecer cerveza antialcohólica. La de primera clase costaba 20 centavos y la de segunda, la mitad.

Aquel mismo año de 1907, Bernardino Campos, empresario del Circo Popular, pidió una subvención municipal de \$ 500, fundamentando que "se trata de un espectáculo con el cual se aleja al pueblo de las tabernas y garitos".

Más sorprendente es otra solicitud de subvención, sobre todo si se considera que ya corría entonces el año 1923. Es de la SATCH (Sociedad de Actores Teatrales de Chile):

"La Sociedad trata de enaltecer la cultura popular aficionándola, por las cosas intelectuales y buscando en el arte escénico la manera de atraerla por la impresión, el pensamiento y el deleite. Los propósitos que la animan son elevados. Satma que el teatro seduce al pueblo, lo educa y entretiene y lo libera de una vida ociosa y libertina, preparándolo a que despierte su dormida inteligencia, embotada por los vicios y la taberna".

comienzo del fin

En mayo de 1915 se reunió la Asamblea de Contribuyentes de Santiago, ocasión que dio lugar a la siguiente acta:

"Se dio lectura al proyecto de reglamento para



La antigua cara del interior.

extirpar las moscas, el que sin discusión se dio por unanimidad aprobado; en igual forma se aprobó el decreto relativo a la concesión de permisos a labradores fijos y ambulantes; el relativo a la mantención en perfecto estado de aseo de los excusados y urinarios de las cantinas; la propuesta del señor Renato Salvati para la concesión del uso del Teatro Municipal en el quinquenio de 1916 a 1921".

El empresario logra traer a figuras importantes. Por ejemplo, a María Bartlembas en 1918 y, al año siguiente, solo un hombre de mula se interpuso entre el Teatro Municipal y cuatro funciones con Enrico Caruso. Renato Salvati lo contrató mientras cantaba en el Colón de Buenos Aires y regresó jubiloso a Chile con la noticia. A los pocos días, un telegrama: "Enrico no desea venir Chile por dificultades viaje cordillera". El divo había descubierto que entre Puente del Inca y Porillo había un trayecto de diez kilómetros en mula. Apresuradamente, Salvati retornó a Buenos Aires, entró al camarín de Caruso y le dijo: "Ve como estoy sano y no me falta nada. El viaje no es peligroso".

"Te quiero mucho —respondió el divo—, pero a Chile en mula no voy. Las cuatro funciones te las canto donde quieras, pero en mula no viajo".

En 1922 se compraron dos quintales de naftalina en polvo para la sastrería del teatro. Doña Emiliana Herrera de Toro amenaza con querrelarse contra el teatro por abuso de confianza. Había adquirido un abono C y "se le privó de dicha función, alegando que hubo un cambio, lo que no era efectivo".

Aquel año, la Municipalidad acuerda que "en vista de la situación económica del país y de la imposibilidad de que puedan actuar este año compañías líricas de primer orden en el Teatro Municipal, sean cambiados tales espectáculos por otros de drama, opereta o ballet".

En verdad, compañías de teatro españolas, francesas e italianas se vieron desde siempre en el Teatro Municipal, cuya programación durante largos años constituye un certero símbolo y una clara síntesis de nuestra dependencia cultural.

Los espectáculos nacionales son pocos y muchas veces tienen dificultades para lograr apoyo municipal y aun fechas en el teatro.

En 1915, E. Ortiz de Zarate quiso ofrecer algunos conciertos sinfónicos y, frente a diversos problemas, escribe al alcalde:

"Dada la índole de nuestro público, reacio por naturaleza a todo tipo de conciertos y, especialmente, a todo lo que no sea extranjero, sería ésta una empresa verdaderamente temeraria, si no tuviera principalmente por mira los fines de cultura e ideales artísticos que persigo. Pero si un artista a veces está dispuesto a regalar su trabajo al público, no lo está siempre a regalar su dinero, costándole también los espectáculos".

A pesar de todos los esfuerzos del empresario Salvati, las temporadas líricas van cuesta abajo.

Un administrador del Municipal le sintetizó en los años veinte con una honradez poco frecuente:

"Es de todo punto de vista imposible, señor intendente, manejar estos espectáculos como uno deseara; estamos en el último rincón del mundo y, desgraciadamente, tenemos que recibir lo que nos quieran, dar otros países más privilegiados en este sentido, no pudiendo nosotros poner condiciones y, a lo sumo, encauzarlas dentro de nuestra conveniencia hasta donde es posible".

Mientras tanto, los tiempos cambian y los dorados días de los millonarios remates se van transformando en recuerdos.

En 1920 el marillero municipal Patricio Aldunate pide la nulidad del remate de derecho de llaves a palcos y plateas, porque "no hubo remate, sino asignaciones entre los mismos interesados". O sea, un vulgar tongo en que las "personas bien" se repartían las localidades. En 1927 ya se habla de comisión de abonados, no de rematantes.

En 1928 las lluvias causan algunos daños en el teatro. Incluyendo goteras en la toilette presidencial. No se sabe si dicha gotera alcanzó a Carlos Ibáñez del Campo mientras hacía sus colaciones en aquel lugar, pero hay constancia de que reclamó al administrador por el estado en que se encontraba su palco. Inmediatamente se cambiaron techos y tejas y se pintó tanto la toilette del Presidente como la de su familia. A los pocos días todo estaba flamante.

El epílogo lo aporta un oficio del administrador del teatro:

"Ahora un pobre carpintero, que necesita su trabajo para vivir, que trabajó aún de noche para satisfacer las exigencias que se le hacían, no puede conseguir el pago de su cuenta de \$ 450, y hace ocho días que el pobre obrero no ha podido trabajar por andar en la Municipalidad detrás de su cuenta".